

El catequista de la buena noticia

CARMELO BUENO

En el inicio del discurrir de estas páginas deseo citar un texto «de familia» que fue, es y seguirá siendo luz que abre horizontes ante los pies de todo catequista. En esta familia se presenta el texto como una **intuición**, porque aquello que dice sobre el catequista lo ha conocido o aprehendido clara y rápidamente por medio de la relación directa con la tarea de ser catequista. Podría decirse que la identidad del catequista se conoce, dentro de esta familia, por experiencia. Además, si se repite el ejercicio de releer este texto una vez acabado el artículo, se caerá en la cuenta de que estamos ante un acertado resumen de lo que ahora intentamos desarrollar. Y dice el texto:

«La catequesis hunde sus raíces en la vida y se orienta hacia la vida. Antes de precisarlo con palabras, el catequista toma a su cargo la tarea de descubrir en su persona el mensaje evangélico que tiene misión de transmitir; revela, en efecto, al Cristo salvador y servidor de los hombres, haciéndose a sí mismo servidor de los jóvenes, y preparándolos a vida más consciente, más responsable; en una palabra, más humana. Revela la religión del amor fraternal en la medida en que les da muestras del beneficio que supone para ellos el amor obsequioso y desinteresado que les prodiga. La Palabra de Dios no cae, así, de la altura ni en forma abstracta, sobre individuos anónimos, sino que de continuo viene

a completar, ilustrar, profundizar lo que ha sido objeto de experiencia humana. Los jóvenes no encuentran al Dios que les llama por su nombre en los libros ni en las palabras, sino más bien en la persona de su catequista».

(Declaración sobre el Hermano de las Escuelas Cristianas en el mundo actual, Roma, 1967, 40,5).

Definida y declarada la intuición, la intencionalidad pretendida de este trabajo será doble. Por un lado, trataré de hacer crecer, hasta dar fruto, las diminutas semillas que configuran la identidad del catequista como portador y dador de la Buena Noticia, que es el Evangelio y que es Jesús, el Cristo de Dios. Y por la otra cara de la única identidad, intentaré perfilar un camino o proceso de formación que ayude al creyente en Jesús a ser un «catequista evangelista», un catequista de la Buena Noticia.

PRIMERA PARTE

Se practicaba entre los judíos un viejo, y siempre actual, método de interpretación de las Escrituras llamado *horaz* (collar). Se trataba de ensartar textos de las Escrituras (normalmente de la Ley, los Profetas y los «otros Escritos») al modo de las perlas en un collar. Gracias al hilo fino que las entrelaza, las perlas conservan toda su identidad y se enriquecen mutuamente con la belleza y estética del conjunto. De la misma manera, ensartados los textos por el invisible hilo conductor de la intuición del exegeta, cada texto aporta su mensaje y se completa, matiza, amplía y perfecciona con la riqueza de todos los demás y del conjunto.

Guiado e iluminado por este método, intentaré ensartar cinco perlas textuales de la obra escrita de Pablo que nos presentarán las cinco dimensiones de la identidad del catequista de la Buena Noticia que fue Pablo, que anteriormente y de forma paradigmática lo fue Jesús y que a lo largo de la historia han inspirado la tarea de otros muchos seguidores de Jesús. Una a una, estas perlas paulinas desean perfilar las etapas de un proceso. Una especie de «como llegó a ser» el propio Pablo «dador de la Buena Noticia» y «cómo se llega a ser» un catequista del Evangelio.

En este proceso se dirá que este catequista comienza siendo «un alcanzado» por Cristo hasta llegar a sentirse «habitado» por él. El habitante Jesús es el tesoro que habita en el frágil barro del catequista habitado. Y este barro se mantiene y plenifica en la medida que se abre el recipiente y se comparte el tesoro de la Buena Noticia. Así, el catequista se ha hecho portador, proclamador y sembrador de la Palabra, que es el tesoro-Jesús. Esta semilla portada y proclamada cae en la tierra de los corazones y en ella comienza a habitar y sobre todo, a escribir otra historia de amor. Por eso, dirá Pablo de los que han recibido su mensaje «vosotros sois nuestra carta». En síntesis pues, aquel catequista «alcanzado» por Cristo ha llegado a ser, en el proceso, «escritor» de la Buena Noticia, es decir evangelista. Comenzamos, en consecuencia, la presentación de estas perlas textuales paulinas:

1. «Alcanzado por Cristo Jesús» (Filipenses 3, 12)

Esta hermosa, concisa y acabada imagen entresacada de la correspondencia de Pablo con la comunidad cristiana de Filipos evoca en el lector todo el acontecimiento de la «llamada» conversión de Saulo camino de Damasco. Él siempre hablará de este acontecimiento como

de una «revelación» (Ga 1,15-16). Pero antes de dejarnos llevar por algún secreto e interesado pretexto, situemos esta expresión en su contexto literario, Flp 3,12-14:

*«No quiero decir que ya haya tomado posesión de esa ‘ganancia’, habiendo alcanzado la plena consumación. Más bien, estoy esforzándome por llegar a poseerla, ya que **Cristo Jesús sí me tomó a mí en posesión suya**. No me hago la ilusión, hermanos, de estar ya en posesión de ella. Me ocupo sólo de esto: olvidándome de lo que queda atrás y tendiendo a lo que está por delante, voy corriendo hacia la meta...»*. Los textos paulinos que se citan en este artículo están tomados de S. VIDAL, *Las cartas originales de Pablo*, Trotta, Madrid, 1996.

La unidad textual (vv 4-16), en la que estas líneas se insertan, presenta a Pablo como «modelo de convertido y seguidor de Jesús» frente a ciertos opositores suyos que han irrumpido dentro de la comunidad fundada por él y con la que mantiene vínculos de cercanía y amor muy especiales. Estos cualificados opositores de la obra de Pablo están bien definidos inmediatamente antes (v 2) como «perros», «obradores de maldad» y «castrados», en evidente referencia a los partidarios del judaísmo, observantes de la Ley y practicantes de la circuncisión. De estos partidarios del judaísmo fue Pablo y, posiblemente, mucho más radical que ellos. Sin embargo, al haber sido alcanzado por Cristo Jesús, todo ello quedó atrás, superado, envejecido y, sobre todo, vacío de sentido, ¡basura! Así se recuerda explícitamente en esta misma unidad textual (vv 5-7):

«Soy un circuncidado de los ocho días, del pueblo de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo puro; en cuanto a la observancia de la

ley, fariseo; en cuanto a la demostración del celo, perseguidor de la comunidad; en cuanto a la fidelidad a Dios basada en el cumplimiento de la ley, de conducta intachable. Pero eso que representaba para mí una 'ganancia', lo consideraré una 'pérdida' por razón de Cristo...».

El buen judío Saulo, caminante honrado, conocedor y defensor apasionado de la teología y espiritualidad de la ley, militante activo (podría decirse) de la pastoral judía..., de repente se ha parado en el camino, o lo ha frenado en seco un invisible, inaudible e intocable misterio. Hacia atrás y hacia adelante todo queda a oscuras. El sentido de su vida y su tarea, vacíos de contenido. ¿Qué ha sucedido en su vida? ¿Quién ha irrumpido con tanta autoridad en su autenticidad de persona y de creyente? Sólo Saulo llegará a discernir con claridad, en el discurrir de los días ¡y los años!, lo que le ha acontecido. Lucas, en la segunda parte de su obra o libro de los Hechos, narra este acontecimiento y experiencia de Pablo a partir de la imagen de la luz potente, deslumbrante y cegadora del cielo que deja a la persona tirada en la mitad del camino de su vida. El propio Pablo, en su carta a las comunidades de Galacia, usa la imagen, no de la luz, sino de la llamada del Dios que le ha creado. Y, probablemente, la mejor tradición paulina se sirve de la imagen del alcanzado en la carrera para evocar la densidad de la experiencia humana ante la vida y obra de Jesús. Esta profunda experiencia, que afecta a la totalidad de la persona, se denomina conversión en la tradición cristiana.

Esta experiencia de conversión le ha venido dada tanto a Pablo como a todo seguidor de Jesús. Antes de apostar por Jesús, ha sido Jesús el que ha apostado por uno. Jesús ha recorrido en el camino la distancia que nos separaba. Él se ha puesto a nuestro lado para caminar codo

con codo. Él se ha hecho gracia. Esto es precisamente lo que quiere decirse en la repetida expresión bíblica «he hallado gracia a tus ojos» (cf J.M. CASTILLO, *El dinamismo de la gracia, Proyección 43* (1994) 201-216).

El catequista de la Buena Noticia reconoce también en la historia de su existencia las «cicatrices» iniciales de su nuevo camino, esas cicatrices que dejó grabadas la mano y la voz de la Buena Noticia que se coló de rondón, por un momento y para siempre, en su proyecto de vida. Estas primeras señas de identidad de todo catequista se le hacen más presentes cuando su tarea de entregar, testimoniar o compartir la Buena Noticia es puesta en tela de juicio por los «nuevos judaizantes», que se aferran a la seguridad de lo establecido porque en ello se encuentra el éxito.

La contemplación y saboreo de esta experiencia de Pablo y de estas cicatrices iniciales, alertan al catequista ante la tentación de sentirse el protagonista de su opción y de todo lo que realiza en la comunidad eclesial. El verdadero protagonista del ministerio de la acción catequética es siempre ese «tú» que gratuitamente te ha alcanzado y se ha revelado como Buena Noticia y, por eso precisamente, ilumina de continuo la existencia toda del catequista. Sin haber experimentado este «alcanzamiento revelador», ¿de qué y cómo puede el catequista ser mediador?

2. «¡Es Cristo el que vive en mí!» (Gálatas 2, 20)

La segunda dimensión de la identidad del catequista de la Buena Noticia es prolongación y ahondamiento de la que se acaba de exponer.

La persona «alcanzada» por Cristo, Evangelio de Dios para todos, comenzará a sentirse «habitada» por él, por el propio Cristo y por su Evangelio; como les sucedió a los llamados, elegidos y a Pablo. Así lo expresa en el texto seleccionado de Gálatas 2,19-21:

«Yo, estando bajo la ley, muriendo me liberé de su dominio, para vivir ahora bajo el señorío de Dios: ¡he sido crucificado con Cristo! Y así, ya no soy yo el que vivo: ¡es Cristo el que vive en mí! Y en cuanto a esta mi vida mortal presente, la estoy viviendo desde la fe en el Hijo de Dios, aquel que me amó y se entregó a la muerte por mí. ¡No quiero rechazar ese don de la salvación de Dios! Pues, si la fidelidad a Dios se consiguiera por medio de la ley, entonces Cristo sí habría muerto inútilmente».

Esta narración es el punto final de la unidad literaria de los vv 15-21. La amplia exposición que realiza Pablo se ajusta al más puro género literario de la diatriba (diálogo) o discusión que se solía mantener en el ámbito griego entre los miembros de una escuela o corriente filosófica. Esta diatriba es la respuesta de Pablo frente a Pedro y ciertos individuos enviados por Santiago por lo acontecido en la comunidad de Antioquía (vv 11-14), que se reunía para participar en las comidas comunitarias con los gentiles, en las que se solía incluir la «cena del Señor».

La definitiva respuesta al enfrentamiento de posturas con sus oponentes comienza con un enérgico «yo» paulino de doble intencionalidad: presentar la irrenunciable experiencia que vive Pablo de haber pasado de la muerte en la ley a la vida en Cristo, por un lado. Y por otro, justificar el proceder y vivir de la comunidad y de cualquier seguidor de Jesús (judeocristiano o paganocristiano), liberados todos de la observancia

de la ley. En este caso el «yo» del v 19 está en relación directa con el anterior «nosotros» del v 17.

De esta muerte que es la ley nos ha liberado a todos el Cristo crucificado, el Hijo de Dios, el dador de la fe que vivifica porque nos amó y se entregó por nosotros. Éste es el Cristo (término griego) y Mesías (término hebreo) que vive en Pablo y en todo cristiano, que eso mismo es lo que significa este nombre otorgado a los seguidores, precisamente, en esta ciudad de Antioquía (Hch 11,26). También ahora, estamos y vivimos como Pablo con el Cristo que ama y se entrega para liberar de la ley que esclaviza o impide el crecimiento de la persona en toda su integridad.

La experiencia que vive Pablo queda expresada bajo la imagen del «sentirse habitado por Otro». Imagen que nos recuerda la verdadera experiencia profética (Mi 3, 8). Humanamente, la «persona anterior» de Pablo ha quedado destruida, reducida a basura (Flp 3, 8), sin sentido, sin horizonte, porque toda ella estaba edificada sobre la observante obediencia a la ley. A esto se le llama «experimentar la cruz». Desde ahora, la identidad de su vida empezará a definirse desde el Hijo de Dios, Cristo, que le habita. Ahora comienza a vivir la experiencia de resucitado, como aquél que ama y se entrega totalmente. Así es como Pablo está recreando y actualizado en su vivir el proceso pascual de Jesús. Esta experiencia liberadora que vive Pablo es la que le ha impulsado poco antes a denunciar la actitud de Pedro («me opuse a él cara a cara, porque era culpable», v 11), de los demás judíos y del propio Bernabé. En esta experiencia se hace creíble el principio cristiano, enunciado por Juan, «la verdad os hará libres» (Jn 8, 32).

Antes de cualquier otra tarea o ministerio eclesial, el catequista tendrá que verse y sentirse como creyente que vive desde la fe en el Jesús de la Pascua: crucificado y resucitado. Ni el éxito ni el fracaso en la eficacia catequística son las credenciales de su identidad. Ésta se va modelando en el proceso de la experiencia pascual de muerte y resurrección que le irá asemejando progresivamente a Jesús, el Cristo.

Estas dos primeras dimensiones (alcanzado y habitado por Cristo) que le estamos asignando a la personalidad del catequista no hacen de su persona, propiamente hablando, un catequista, sino un creyente en Jesús y en su Buena Noticia; un creyente que, entonces, será capaz de «contar la experiencia de la fe» y capaz de mostrar el camino de esa experiencia. ¿No es esto lo que nos está narrando Pablo cada vez que nos acercamos a sus escritos?

3. «Llevamos este tesoro en recipientes de barro» (2 Corintios 4, 7)

Nuestra aventura catequética del brazo de Pablo nos lleva a expresar o definir la tercera dimensión del catequista de la Buena Noticia. Esta dimensión se sitúa (no sin intención), espacial y estéticamente, en el centro de nuestro collar (horaz). Por eso, gozará de una relevancia peculiar por atraer sobre sí todas las miradas y ser punto constante de referencia contemplativa.

La presencia de Cristo en la existencia de Pablo le ha colocado en una situación paradójica, es decir, «fuera de la opinión» (doxa), fuera de la corriente, fuera de la circulación (podría traducirse hoy). La posición

de Pablo parece absurda y sin embargo es razonable y tiene pleno sentido. Y esta paradoja es la que define la tercera dimensión del catequista de la Buena Noticia. El «habitado por Cristo» vive como en «fuera de juego», trabaja como «al margen de», se siente como «desplazado hacia»; encarna una situación existencial que parece absurda y sin embargo es razonable. Pero dejemos ya que sea el texto paulino (2Cor 4, 7-10) quien nos presente y describa esta iluminadora paradoja:

«Ese tesoro lo tenemos en vasijas de barro, y así se manifiesta que esa enorme riqueza pertenece a Dios, y no a nosotros. En toda ocasión estamos en aprietos, pero no angustiados; estamos en apuros, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no estamos abandonados; somos derribados, pero no para la perdición. De continuo llevamos en nuestra existencia corporal la debilidad de la muerte de Jesús, para que también en ella se manifieste la potencia de la vida de Jesús».

Este texto es el comienzo de una larga sección literaria (4, 7-5, 10) que presenta la misión de Pablo como un encargo de Dios. La honradez del misionero, la coherencia en sus dichos y hechos y la autenticidad de su ministerio serán quienes acrediten esta tarea como obra de Dios. Los vv 7-15, de los que forma parte el texto citado, perfilan en todos sus detalles la paradoja de la misión paulina: la riqueza y potencia que es Dios se realiza y manifiesta en la debilidad de lo humano. Esta paradoja queda perfectamente definida en la imagen del tesoro en la vasija de barro. Pablo aún apunta más. En toda ocasión (v 7), constantemente (v 10), en el desempeño de su tarea misional y en el transcurrir de su existencia histórica están presentes el tesoro y las vasijas. Unas **vasijas de barro** que son: los aprietos, los apuros, la persecución y el

derribo. El **tesoro** está definido por la exclusión de lo negativo: la no angustia, la no desesperanza, el no abandono y la no perdición. Y un matiz más, revelador, añade Pablo en el v 10. Estas vasijas de barro son, a la vez, la existencia humana en debilidad y la propia muerte de Jesús. Y de igual manera, el tesoro es la potencia de la vida de Jesús. Y lo grandioso de la experiencia, conocimiento y anuncio de Pablo radica en este existir resucitado de Jesús que se manifiesta en la debilidad de «nuestra existencia corporal» angustiada, apurada, perseguida y derribada.

La palabra de Dios, que es la Buena Noticia de Jesús, habita como tesoro en la fragilidad y debilidad del barro del catequista. Frágiles son sus palabras, siempre insuficientes e incapaces de expresar la totalidad de la experiencia de la fe pascual. Pequeños son sus gestos, siempre demasiado torpes y débiles ante la grandiosidad del misterio que pretende visibilizar. ¿Quién presta atención, en el entorno social, a la vida y tarea del catequista? ¿Acaso hoy y siempre la resonancia del anuncio catequético va más allá de las «pequeñas superficies»? Ciertamente y por analogía, se le podría aplicar con pleno sentido la parábola evangélica (Mc 4, 30-32) del Reino en estos términos: «Con qué compararemos al catequista o con qué parábola lo expondremos? El catequista es como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es más pequeña que cualquier semilla que se siembra en la tierra, pero una vez sembrada, crece y se hace mayor que todas las hortalizas y echa ramas tan grandes que las aves del cielo anidan a su sombra». Obsérvese que el crecimiento de la semilla, que es el catequista, sólo alcanza a la categoría de «hortaliza» y nunca a la categoría de «altísimo cedro del Líbano»...

4. «Me envió Cristo a proclamar el Evangelio» (1 Corintios 1, 17)

Una situación nueva, tan real en tiempos de Pablo como actual ahora, nos pone ante la cuarta dimensión del catequista de la Buena Noticia: servidor del evangelio. Seleccione de entre la abundante correspondencia intercambiada entre la comunidad de Corinto y Pablo el breve texto de 1Cor 1,14-17:

«Doy gracias a Dios por no haber bautizado a ninguno de vosotros, excepto a Crispo y a Gayo, para que nadie pueda decir que fuisteis bautizados para pertenecerme. (Bauticé también...) Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a proclamar el anuncio salvador, y precisamente, no con la sabiduría de la elocuencia, para no anular así la fuerza de la cruz de Cristo».

El texto se inserta en la gran unidad literaria 1,10-4, 21. Pablo aborda en toda su radicalidad y transcendencia la peligrosa situación en la que se debate la comunidad de Corinto: la presencia de «grupos comunitarios», sus enfrentamientos y divisiones y el peligro de una decisión final de rompimiento y separación. La primera parte (1,10-17) de esta larga exposición presenta, en síntesis, el problema de la división, sus raíces o causas y el camino que ofrece Pablo como posibilidad de transformación de la realidad comunitaria.

Se trata, al parecer, de la presencia de dos grupos, aunque en una primera lectura de la unidad literaria pueda dar la impresión de que existen más. Pero la larga reflexión posterior sólo alude al grupo de partidarios de Apolo y al grupo de partidarios de Pablo. Aunque sea de forma breve, merece la pena detenerse a considerar el origen y

consecuencias de esta pertenencia a uno u otro grupo, que es como el punto de arranque de la división comunitaria.

Tal vez, pertenecer a uno u otro grupo esté motivado por el hecho de haber sido bautizado por uno u otro misionero, aunque Pablo señala que este objetivo no es el primero en su tarea evangelizadora. Su evangelizar no es para acceder al bautismo, sino para conocer y acoger el evangelio, el acontecimiento salvador. Por ello, quizá sea más determinante, a la hora de tomar partido por Apolo o por Pablo, la manera de realizar la evangelización, la forma de ofrecer el evangelio. Posiblemente, algo de esto esté escondiéndose tras la expresión «no con la sabiduría de la elocuencia». Si se piensa con una cierta lógica interna parece verosímil que una determinada manera de anunciar y proponer la Buena Noticia que es Jesús determina un peculiar estilo de adhesión y seguimiento de Jesús, una determinada manera de encarnar existencialmente la fe en él y hasta una celebración de la vida y de la fe en Jesús con muchos matices peculiares de esa evangelización. Esta primera pedagogía de la evangelización, ¿tan determinante puede ser para el futuro de la fe? Pablo debió tener este «principio de actuación» bastante bien asumido, porque nunca fue partidario de «edificar sobre cimientos ajenos» (Rom 15,20). Como puede verse a las claras, en todo este asunto lo que está en juego son dos cosas tenidas en altísima estima por Pablo: **la verdad del evangelio y la unidad de la Iglesia**. Y esto mismo es lo que se expresa en el interrogante, que nada tiene de retórico y sí mucho de realidad en la iglesia de Corinto y en la actualidad, «¿es que Cristo está dividido?» (v 13).

El camino por donde debe venir la solución ante la división y el enfrentamiento queda apuntado en su expresión negativa «no anular la fuerza de la cruz de Cristo» (v 17), que expresado en toda su dimensión

positiva sería aquello que indica Mateo como resumen del proyecto de la Buena Noticia: «Dichosos vosotros cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por causa mía...» (Mt 5, 11).

Esta nueva experiencia de Pablo proyecta sobre la persona del catequista de la Buena Noticia la finalidad de su opción vocacional y la finalidad del ministerio de la Catequesis: El servicio al Evangelio. Para esto «sale» un catequista mientras recorre la «Galilea» de la Iglesia (Mc 1, 38-39).

Esta cuarta dimensión es prolongación natural de la anterior. Catequesis y catequistas, desde la debilidad de su «barro», están al servicio del «tesoro» que es la Buena Noticia. Y este servicio es, ante todo, anuncio gratuito, proclamación explícita, oferta y propuesta. Aquel «me amó y se entregó» que ya se realizó en Cristo es ahora tarea principal del catequista. Y, en este servicio, habrá que prestar atención constante al peligro que se corre y que Pablo denuncia en la comunidad de Corinto: buscar y hambrear la adhesión infantilizante a la persona del catequista y evangelizador, que se convertirá así en el padre-madre. Y entonces, ¿dónde queda la categoría de «hermano-hermana», única dentro de la comunidad del resucitado? ¿No fue ésta la opción de Jesús? ¿No vino Jesús a proclamar la esperanza cumplida del Reino que es Dios? Y, para esta tarea, ¿no se hizo Jesús un hermano y se sentó en el único corro de hermanas y hermanos pequeños?

Esta dimensión de servicialidad-fraternidad, además de marcar la finalidad vocacional del catequista, es también la finalidad ministerio de la catequesis de la Iglesia, y no el acceso a éste o a aquel sacramento. Si esto es correcto, ¿de cuántos proyectos, tareas, textos manuales, prácticas... se tendrán que desprender las comunidades eclesiales?

El lenguaje casi nunca es inocente y, por eso, habrá que discernir que contienen planes, textos, materiales... que se denominan «catequesis de bautismo», «catequesis de confirmación», «de la primera comunión»... Nos tendremos que preguntar también, y con cierta seriedad, ¿cómo caminan nuestros catequistas por las mil sendas de los evangelios y por el gran bosque de la Palabra de Dios que es la Escritura?

5. «Vosotros sois nuestra carta» (2 Corintios 3, 2)

El seguidor de Jesús llega a ser en plenitud catequista de la Buena Noticia cuando ésta, gratuitamente entregada, traspasa tímpanos y retinas hasta llegar al corazón (sede para el oriental del conocer y decidir) de los catequizandos. En este corazón, alcanzado por el evangelio, comienza a escribirse una nueva historia de relaciones entre la Palabra que es Jesús y la palabra que es la persona. El catequista y la comunidad cristiana, que le ha encomendado esta tarea, leerán una a una estas historias de fe, comprenderán entonces que su debilidad de barro ha sido dinamizada por la potencia de la Palabra y, por fin, se alegrarán y proclamarán juntos una sencilla alabanza. Pero leamos ya esta última perla paulina del collar del catequista en 2Corintios 3, 2-4:

«¡Nuestra carta de recomendación sois vosotros mismos: una carta grabada en vuestros corazones, leída y comprendida por todos! ¡Sí, vosotros os manifestasteis como la carta que Cristo mismo redactó por nuestro medio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, y no en tablillas de piedra, sino en unas tablillas que son corazones de carne viva!».

Los vv 2-4 son como el centro de la unidad literaria 2,17-3,6, en la que Pablo hace, o le fuerzan a realizar, «apología» (defensa) de sus capacidades como misionero. Tal vez, sus opositores, ¿le están pidiendo una evaluación de su tarea, unas credenciales y garantías de su evangelización, una demostración de su capacidad? La lectura del texto completo desvela que Pablo, una vez más, experimenta la incompreensión y el enfrentamiento por ser y, sobre todo, por sentirse y creerse servidor del evangelio y capacitado para ello por el Dios de Jesús. A esta misma experiencia tendrá que recurrir Pablo cuando se le ponga en duda su identidad de apóstol. La capacidad para evangelizar le viene de Dios, no de ningún poder de aquí abajo o humano. Y el sello de autenticidad o «denominación de origen», diríamos hoy, es la comunidad de hermanos y hermanas. Ella es la carta escrita por Cristo y grabada por el Espíritu.

Esta imagen de la carta evoca por un lado la vieja experiencia de Israel en el Sinaí, que ahora en Cristo ha quedado superada y vaciada. Y por otro lado, evoca la constante correspondencia que se intercambiaba entre las comunidades por medio de las llamadas «cartas de recomendación».

La propia comunidad de Corinto, con la riqueza de su experiencia y su peligro constante de división, es el evangelio que ha escrito Cristo. Pablo se considera sólo, y no es poco, un mediador. Por tanto, podría decirse también que el catequista de la Buena Noticia sólo es evangelista si es y se considera mediador; catalizador, en el lenguaje de la «química», que abre sus brazos a la grandeza del tesoro de Dios y al barro de todo corazón humano, que también son obra de las divinas manos alfareras.

Terminamos ya este primer recorrido. Esta última dimensión del catequista nos ha abierto, de nuevo, a la dimensión primera (ser alcanzado) y a la dimensión comunitaria en la que desemboca toda mediación del ser y hacer del catequista de la Buena Noticia. Esta realidad y experiencia comunitaria a la que acceden los «oidores-aceptadores» de la Palabra anunciada es el sello de identidad de la auténtica acción catequética. De esta experiencia comunitaria, se habla y escribe en otro artículo de este volumen.

SEGUNDA PARTE

Querido Pablo:

Perdona el atrevimiento de enviarte esta carta, pero quiero seguir la tradición de aquellos cristianos de tus comunidades, que solían escribirte para contarte sus situaciones y problemas, pequeños o grandes, y pedirte una palabra de luz, una visita de ánimo o un gesto de esperanza y de futuro. Aquellos cristianos eran para ti la carta que escribías constantemente y yo, que pertenezco a una comunidad de hermanos, me considero también una partecita de esas cartas tuyas por ser seguidor del mismo Jesús, el Cristo, en este hemisferio occidental del mundo, por el que tú diste hasta la propia vida.

Las líneas de esta carta son la segunda parte de un artículo que llevo entre manos. La primera parte, ya escrita, te la adjunto a modo de informe por si deseas leerlo y, sobre todo, por si encuentras más de una apreciación o interpretación mía equivocada. Esta carta, pues, quiere presentarte mis inquietudes por atender la formación de aquellas personas creyentes que desean ser catequistas de la BuenaNoticia. Tú te

rodeaste de una gran cantidad de colaboradoras y colaboradores, pero nada nos dijiste de los centros de formación teológica o pedagógica que inauguraste para responder a esas inquietudes de formación. Mi pregunta directa, Pablo, es ¿cómo formar o garantizar la formación de un catequista para que sea anunciador y dador de la Buena Noticia que es Jesús?

Y, a la vez que la pregunta, te presento un esbozo de lo que pienso para que también me puedas enmendar la plana, sugerir otras iniciativas, completar lo que aquí apunto... ¡No hace falta que te recuerde que puedes actuar con libertad, de tu censura me fío!

Mira, entre nosotros y desde tiempos muy antiguos, la tarea o ministerio de la catequesis, directamente ligada al catecismo, solía consistir en hacer aprender o procurar la comprensión de las verdades de la fe a quienes por ser niños no la conocían, o por ser adultos poseían un conocimiento insuficiente. Quedaba, pues, a la habilidad de los catequistas el que esta asimilación doctrinal se realizara en el menor tiempo posible para permitir que el catequizando asistiera con provecho a la liturgia de los sacramentos. Así se comprende, amigo Pablo, que la Iglesia en estas cosas de la catequesis velara por la actualidad de dos instrumentos: el Catecismo y el Directorio para la catequesis. Con aquél se da respuesta a los contenidos y, con el segundo, se orienta, organiza, regula... el ejercicio de la catequesis. Estos planteamientos, probablemente, te resulten del todo novedosos, porque tú por lo que cuentas en tus escritos tenías preocupaciones muy distintas en tu tarea de evangelizador o catequista de la Buena Noticia.

Tu trabajo como evangelizador en el mundo nada fácil, sobre todo, de los no-judíos pretendía que tus oyentes tomaran conciencia de la

centralidad de Jesús, el Cristo, crucificado y resucitado. Nada ni nadie podía ocupar en sus vidas ese lugar central. Y, en segundo lugar o como la otra cara de la misma tarea, estos creyentes en Jesús o convertidos hacían visible su experiencia cristiana siendo hermanos, viviendo en comunidad, compartiendo la misma mesa del pan y de la palabra y sirviendo a los más necesitados del entorno.

Yo creo, Pablo, que hoy también el catequista de la Buena Noticia debe estar capacitado para acompañar el proceso de fe de sus catequizandos, que culmina en el reconocimiento existencial de la centralidad de Jesús, el Cristo de Dios, en sus personas y en sus vidas. Este acompañamiento sólo es posible si el propio catequista ha vivido en su historia personal un proceso semejante. ¿Cómo ser evangelizador sin haber sido evangelizado? Tristemente, entre nosotros se sigue dando esta incoherencia.

Este proceso no suele estudiarse en libro alguno o en facultades o centros especializados. El libro es la vida y la atención despierta a todo cuanto sucede y toca, en algún momento significativo, a la persona. Todo esto que sucede a mi alrededor y, además, me acontece a mí habrá que aprender a relacionarlo con lo ocurrido a los apóstoles y discípulos, a los hermanos y hermanas primeros; con lo que a ti mismo te sucedió y marcó de manera definitiva tu ser de persona, de creyente y de apóstol. Y podemos, en todo momento, aprender a establecer estas relaciones porque aquellos primeros testigos, entre quienes te encuentras, tuvisteis la osadía de poner por escrito vuestra más valiosa experiencia de sentido.

Me preocupa, amigo Pablo, la escasa capacidad de una gran mayoría de catequistas para entender esas «luces» que son los textos escritos

de vuestra experiencia central de Jesús. El mundo de imágenes y símbolos al que acudisteis para contar lo inenarrable les resulta poco accesible a nuestros catequistas. Y hay muchos, aún, que todo lo aceptan tal cual lo habéis dejado escrito. Para este aprendizaje de la Palabra de Dios sí hay facultades, institutos superiores y centros de formación, pero siguen siendo pocos y las puertas de entrada no son accesibles a todos. Y, lo peor de todo, muchísimos catequistas disponen de poco tiempo para esta tarea formativa, porque nuestro entorno social nos tiene alucinados con sus propios centros de interés.

De esta Palabra de Dios escrita saben mucho los investigadores y exegetas, pero es tanto lo que les queda por investigar que el oro de su tiempo no pueden emplearlo más que en escribir los descubrimientos y conclusiones de su trabajo. Y ¡cuánto tiempo pasa hasta que todo esto llega al pueblo y a los catequistas, incluso ahora que estamos metidos en internet! Tú conocías muy bien algo de todo esto de la comunicación de la experiencia y sabías que estos temas de la vida de la fe deben entrar por el oído (Rom 10,14-17). ¿Aprenderemos primero a escuchar para «entendernos» después en medio del océano de imágenes que nos rodea?

En nuestro ámbito eclesial se alardea de la importancia de esta Palabra de Dios, pero siguen siendo pocas las personas y menos los catequistas que se toman en serio la importancia de este mensaje. Inconscientemente quizá, hemos aprendido muchos trucos intelectuales para impedir que esta Palabra nos «alcance y habite». Y así, como comprenderás, se hace casi imposible acertar a comunicarla como la mejor noticia y a compartirla como sabroso alimento.

Tu otra preocupación fue la visibilización, en una comunidad fraterna, de esta opción radical por la Buena Noticia de Jesús, crucificado y resucitado. Tu evangelizar iba de la mano con el establecer una «casa», una iglesia, una comunidad. Pero de esto, hermano Pablo, ya se habla en otras páginas de la revista en la que aparecerán publicadas estas reflexiones que hemos compartido en la distancia, aunque sé que en estos días has estado entre mis libros y papeles tal vez sonriéndote, pero también encendiendo alguna que otra luz para, al final, haber acertado en lo importante. Hasta la próxima y que esa gracia y felicidad en la que vives nos siga manteniendo a todos en la hermosa tarea de vivir (experiencia creyente), anunciar (servir al Evangelio) y compartir (construir la comunidad). Saluda de mi parte a los muchos amigos que están contigo.